

CAPÍTULO 25

LA CRÓNICA: ESE HÍBRIDO QUE DA ORDEN A LA AVENTURA

Julián Corredor

Universidad Santiago de Cali, Colombia

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6729-8794>

✉ julian.corredor00@usc.edu.co

Buscar el concepto ‘crónica’ en el catálogo de una biblioteca, siempre nos lleva a dos posibles caminos que poco o casi nada se cruzan. Inicialmente, afloran los títulos en los que esta palabra funciona como un adjetivo que determina generalmente enfermedades, terapias u otros nombres pertenecientes al ámbito de la salud. Las patologías de largo vuelo, por ejemplo la anemia o la hipertensión, parecieran agravarse o aligerarse cuando llevan el apellido crónica.

En un segundo lugar, el atributo se vuelve una idea o noción autónoma, propia de los estudios históricos, literarios y comunicativos, que reconoce así esos vasos comunicantes entre diversas áreas de las humanidades, pero a su vez, las tensiones que conlleva plantear una definición unívoca de la crónica periodística, ya que precisamente uno de sus rangos es recurrir y apropiarse de técnicas narrativas y etnográficas, entre otras, para enriquecer el carácter meramente informativo de la noticia primigenia.

Cómo citar este capítulo:

Corredor, J. (2020). La crónica: ese híbrido que da orden a la aventura. En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 151-157). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

La paradoja y la contradicción son recursos muy frecuentes que se usan para explicar la crónica, tanto en su vertiente informativa, pero también en sus versiones histórica y demás subespecialidades (judicial, deportiva, etc.). Mientras que para el mexicano Juan Villoro (2005) su mejor alegoría es un ornitorrinco, esa especie a medio camino entre las aves y los mamíferos, como esa dicotomía entre arte y técnica en la que ha de moverse todo cronista; para Susana Rotker es una combinación de literatura y periodismo que cumple funciones de comprensión y de expresión, lo que ejemplifica con autores latinoamericanos como el cubano José Martí y Rubén Darío, espectadores pero a su vez artífices de la situación de su época en este continente.

Una invitación al detalle y la curiosidad

Emparentado con el cuadro de costumbres, el relato histórico y el diario de campo o bitácora propia de los viajeros en tierras extrañas; el papel del cronista es reportar un fragmento de la realidad, con la intención de hacerlo desde una perspectiva externa, pero sin renunciar a la posibilidad de narrarlo desde el discurso del yo o de la primera persona, bien sea un suceso, protagonista o lugar, ni a las posibilidades de interpretación y evaluación de aquel hecho que registren en un ansia inconsciente de hacerlo intemporal, o en palabras de Rotker (2005):

La crónica propone una épica con el hombre moderno como protagonista, narrado a través de un yo colectivo que procura expresar la vida entera, a través de un sistema de representaciones capaz de relacionar las distintas formas de existencia, expresando e incorporando al máximo las técnicas de escritura (p. 229).

No es fácil buscar con igual celo el rigor periodístico, la belleza y la claridad de una historia, mas esas cualidades deben fundamentar la labor de reportero y redactor del cronista, pues son varios los elementos del mecanismo que debe resultar ser su texto: una estructura verosímil, un encabezado que persuada y seduzca, así como un inicio y un final impactantes con un hilo que ate las impresiones de ese testigo que llamamos periodista.

Si nos centramos en su función informadora, es importante cuidar no solo los datos que componen la crónica, así como también el tono y la posible recepción, desde el propio título, sugerente y atractivo, ojalá, o que al menos dé cuenta de la singularidad de lo narrado, como nos lo evocan aseveraciones incluidas también en este volumen, como *Me volví recicladora y soy feliz* o *Yo sobreviví al terremoto de Armenia*, en las cuales las penurias del conflicto a la vez anticipan un desenlace satisfactorio o reivindicativo para sus actores, y en últimas, las transformaciones que deben reflejar el paso del tiempo en los episodios contados.

El caminar del aprendiz

En el prólogo de 'El contrasueño. Historias de la vida desechable', una antología de crónicas sobre habitantes de la calle de Medellín, el periodista Carlos Sánchez Ocampo (1993), hace énfasis en la necesidad del movimiento para el reportero, mientras recuerda lo que significó para el periodismo norteamericano la llegada de Joseph Pulitzer a las redacciones de los periódicos de New York al final del siglo XIX: "(...) el buen periodismo es siempre un viaje a pie. Y en automóvil o en avión (...) uno puede ir más rápido, pero a pie siempre se llega más lejos" (p. 14).

Ese "llegar más lejos" implica esmerarse en la búsqueda de la información necesaria: antecedentes, localización, seguimiento cronológico, escogencia de los participantes, proyección del auditorio que leerá o escuchará los acontecimientos y enfoque apropiado para el texto. También el cronista es responsable de escoger de entre las muchísimas caras que un suceso puede ofrecer, la más pertinente o relevante; al igual que las imágenes que sustentarán nuestro chisme o leyenda, según su intención o alcance.

Respecto a tales condiciones, no toda anécdota o acontecimiento se presta para ser mediada por cualquier cronista, pues no siempre se consiguen los recursos que le dan el matiz integral o unitario a la historia. Factores como la escasez de tiempo para investigar, la ausencia de imágenes o las debilidades para delinear el trasfondo, los personajes o la naturaleza del conflicto; pueden impedir que se consiga la condensación de eventos significativos y la representación que el género de la crónica implica. En aquellas piezas que consiguen fascinar al lector coexisten lo heterogéneo de las voces sin desajuste, se llega a redefinir los discursos oficiales o populares al igual que se muestran las ambivalencias y contradicciones del contexto en que sucede, pues siguiendo a Villoro (2005):

La realidad, que ocurre sin pedir permiso, no tiene por qué parecer auténtica. Uno de los mayores retos del cronista consiste en narrar lo real como un relato cerrado (lo que ocurre está "completo") sin que eso parezca artificial. ¿Cómo otorgar coherencia a los copiosos absurdos de la vida? Con frecuencia las crónicas pierden fuerza al exhibir las desmesuras de la realidad. Como las cantantes de ópera que mueren de tuberculosis a pesar de su sobrepeso (y lo hacen cantando), ciertas verdades piden ser desdramatizadas para ser creídas (p. 18).

De lo anterior, para el estudiante que se prepara en los rudimentos para escribir una crónica, lo más importante es tener claridad en las preguntas que le interesa responder con su escrito; contar con buenas fuentes de información -tanto de primera mano como de referencias bibliográficas y documentales-; preguntarse para quién se escribe, que le permitan concebir e imaginar un posible lector; y además, diseñar la estructura que va a usar para escribirla y distribuir los datos por divulgar.

Cronista no siempre rima con protagonista

Cito a dos personajes de cronistas costeños: el corresponsal Viloría y Alejandro Velasco. El primero, personaje de un relato de Ernesto McCausland (1996), quien emitía en la sección de deportes de la emisora de Pivijay, noticias ficticias de una presunta “Gran Liga Internacional de Fútbol del Magdalena”, y años después justificaba sus datos de fantasía con su aserción: “Yo no invento la realidad, solo la mejoro” (p. 128). El segundo, por otro lado, fue el marinero de carne y hueso que inspiró el ‘Relato de un naufrago’, de Gabriel García Márquez, y quien incluso llegó a demandar a Gabo por ser el protagonista real de los hechos que hizo célebre en su texto el Nobel colombiano, y aun así, no recibir los méritos ni los ingresos del reportero. Ambos héroes los podemos ver como paradigmas de la difícil relación ficción-realidad que plantea la crónica, así como de la dificultad de establecer fronteras con otros géneros, como el reportaje y la entrevista, e incluso con otras disciplinas como la propia literatura.

Subgéneros como la crónica deportiva o de viajes, suelen ser parte de una corriente opinativa o valorativa, por la cual el reportero se convierte en voz autorizada que da un veredicto razonado acerca del acontecimiento que cubre con sus líneas; mientras que otras derivaciones temáticas que orientan y enjuician, como algo de la crónica roja y política, hacen énfasis en la interpretación, lo que conlleva resultados e impactos distintos en los lectores. Todos esos flujos narrativos comparten origen similar, como si fuera el repertorio de cuentos de la abuela u otra voz omnisciente que comparte sus experiencias, sean desdichadas, gozosas o con ambas emociones a la vez, cual *Un día en la vida de la mujer biónica*, narración que da cuenta de incidentes novedosos, como los vividos por una mujer pionera en el gremio del transporte.

Se podría equiparar otro de los títulos de los relatos de este capítulo, *Un viaje sin regreso*, con el recorrido que esperamos tome el espectador del cuadro vivo que le presentamos, en la medida que lo lleve a interesarse por todo el trazado propuesto y pasar integralmente por la atmósfera ambientada en la viñeta verbal que es la crónica.

Dicha atmósfera depende de la elección de las palabras, que deben traducir las sensaciones del pluma o amanuense, a la vez que comunicar y ofrecer la mayor fidelidad posible a quien presencia las escenas mencionadas, a la manera de Álex Grijelmo (2000): “Una palabra posee dos valores: el primero es personal del individuo, va ligado a su propia vida; y el segundo se inserta en aquél, pero alcanza a toda la colectividad. Y este segundo significado conquista un campo inmenso, donde caben muchas más sensaciones que aquellas extraídas de su preciso enunciado académico” (pp. 14-15).

Dilema clásico del cronista: ¿periodista o escritor?

Si bien el realismo y la corrección idiomática son tal vez los más trascendentes imperativos del periodista que incurre en la crónica, la taxonomía de sus cultores puede ser amplia, y allí sentar ya una posición editorial previa, a la manera de la argentina Leila Guerriero (2007):

Yo no creo en las crónicas interesadas en el qué pero desentendidas del cómo. No creo en las crónicas cuyo lenguaje no abreve en la poesía, en el cine, en la música, en las novelas. En el cómic y en sor Juana Inés de la Cruz. En Cheever y en Quevedo, en David Lynch y en Won Kar Wai, en Koudelka y en Cartier-Bresson. No creo que valga la pena escribirlas, no creo que valga la pena leerlas y no creo que valga la pena publicarlas. Porque no creo en crónicas que no tengan fe en lo que son: una forma del arte.

No obstante, esta autoconciencia del oficio tampoco es menester para todo aquel que incurra en la crónica, por lo menos no de una forma tan evidente o tan al estilo del manifiesto literario. Respecto a esto, Villoro (2005) apunta: “Hay diversos tipos de cronistas y no tengo muy claro a cuál pertenezco. Me interesan los sucesos, pero tal vez me interesa más su repercusión en la mente de los testigos, el sistema de representaciones que desata” (p.16).

Por más realista que sea la viñeta bosquejada por quien la escribe, no deja de ser evidente el predominio de una voz privilegiada que, desde un impulso ordenador y divulgador, presenta un cuadro vivo que puede llegar al extremo de inmiscuirse en una mente ajena. Pongamos por caso *Escolta de El Rey de la Amapola*, una serie de recuerdos desde la percepción y vivencia de una implicado en el narcotráfico de los años 80 y 90 del siglo pasado, quien hila algunas remembranzas de su paso por el Cartel del Norte del Valle -en cabeza de Iván Urdinola- a la vez que revela las opciones extremas que ha enfrentado en su vida:

Hoy ‘El Viejo’ hace trabajos eléctricos a domicilio, cuando la artritis se lo permite, pues luego de manejar millones de dólares terminó casi sin un peso en los bolsillos. Ese adagio que reza ‘el crimen no paga’, tarde que temprano termina haciéndose cierto (Zucconi, 2017).

Finalmente, merece una mención aparte la crónica firmada por Olga Behar, *Bocachico, gracias por la espina*, pues además de incluir en su historia a dos prosistas con recorrido e incursiones en dicho género anfibio –Eduardo Galeano, curioso divulgador de los mitos de varias culturas americanas; y David Sánchez Juliao, también recopilador de la producción oral en el Caribe colombiano–; ilustra el buen uso de la sorpresa en el relato periodístico, al valerse de una anécdota de cercanía con el peligro y con la muerte, para constituirse en un homenaje al encuentro entre amigos y la vida misma. Porque la crónica es también eso: la osadía de arrancarle un momento al discurrir del tiempo, para tornarlo en un recuerdo intemporal que por sí mismo ostenta un sentido compartido por todas las partes involucradas en el texto.

Novenario del aprendiz de cronista

Para cerrar esta deliberación sobre la crónica, propongo un listado caprichoso con unas sugerencias para el que desee recorrer los múltiples caminos posibles de quien investiga, compone y edita un texto perteneciente a tan singular género. Estas son:

- Aguzar los sentidos, no porque te estén mirando, sino porque tus lectores observarán y sentirán aquello que les estés contando si lo haces bien.
- ¡Que no te confunda el nombre de 'crónica'! Ser riguroso con el registro del tiempo en cuanto duración y términos, no te exige comenzar tu escrito "Siendo las 2:16 del día..." ni cualquier otra hora, fecha y gerundio.
- Como testigo, recoge el habla de tus personajes, sus giros más constantes, sus ideas más reiteradas y sus fallos más queridos; en síntesis, elementos esenciales que se representan en los detalles.
- Evita hasta donde puedas los juicios de valor, salvo si son ajenos y representan la personalidad o pensamiento de tus protagonistas.
- Recuerda que el cuidado de los detalles que pretende la crónica, se refleja muchas veces en la revelación paulatina del conflicto narrativo. O en términos más concretos para el redactor periodístico, no inviertas la pirámide que ese esquema le corresponde a la noticia.
- Tendencias como el uso de la voz pasiva, el abuso del 'donde' y de los adverbios '-mente', más que errores, son imprecisiones que de fondo, pueden afectar el ritmo y la forma de tu escrito.
- Aunque la polifonía es más propia de la novela o del reportaje, nada impide que en una crónica confluyan varios puntos de vista, incluso irreconciliables.
- Más que con la verdad, tu compromiso es con los datos, los cuales no puedes modificar, aunque sí disponerlos en tu relato desde la óptica de tus principios o percepciones.
- Cuando creas que hayas terminado, deja que pase al menos una noche, para forjar la distancia necesaria que te permita corregir. O consigue esa distancia recurriendo a un lector externo, si estás trabajando bajo la presión del reloj o del editor.

Referencias bibliográficas

- Aricapa, R. (1998). *Medellín es así: crónicas y reportajes*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Grijelmo, A. (2000). *La seducción de las palabras*. Madrid: Santillana Ediciones Generales.
- Guerriero, L. (2007). ¿Dónde estaba yo cuando escribí esto? El malpensante, 82. Recuperado de https://www.elmalpensante.com/articulo/116/donde_estaba_yo_cuando_escribi_esto
- Martín-Vivaldi, G. (1993). *Géneros periodísticos*. Madrid: Paraninfo.
- McCausland, E. (1996). *Las crónicas de McCausland*. Bogotá: Espasa.
- Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica y Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- Samper-Pizano, D. (2008). *Antología de grandes reportajes colombianos*. Bogotá: Aguilar.
- Sánchez-Ocampo, C. (1993). *El contrasueño: historias de la vida desechable*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Villoro, J. (2005). *Safari accidental*. México: Joaquín Mortiz.